

Marina Sarabia Alegría

**La historia
del secuestro de Martina
y otras historias**

(Primera parte)



Ediciones Corona Borealis

La historia del secuestro de Martina y otras historias - Marina Sarabia Alegría

© Marina Sarabia Alegría
© 2017, Ediciones Corona Borealis
Pasaje Esperanto, 1
29007 - Málaga
Tel. 951 088 874
www.coronaborealis.es

Maquetación editorial: Georgia Delena
Diseño de cubierta: Sara García

ISBN: 978-84-948596-6-3
Depósito Legal: MA 736-2018

Primera edición: junio 2018

Distribuidores: <http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php>

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

Este libro está dedicado a mis padres.

Gracias por todo. Os querré siempre.

Índice

I.....	9
II.....	157
III.....	205
IV.....	327



I

— “¿Y el plátano para Martina?”, preguntó Micaela toda extrañada a mamá mientras su plátano lo tenía cogido y bien cogido con la mano derecha que no dejaba de moverse hacia la derecha y hacia la izquierda.

¡Vaya suerte la mía!... No me puedo creer que esto me esté pasando a mí... ¡De verdad de la buena!... No me puedo creer que ya me estén preguntando ¿Quién es Martina?, ¿Quién es Micaela?... Pero ¿Si sólo he escrito el primer párrafo del libro?

¡No me lo puedo creer! Es que no me lo puedo creer. Estoy segura que esto no se lo hubieran hecho a una escritora de éxito ¡Seguro!... ¿Qué digo?... ¡Súper seguro!... En fin, sé que soy una novata en esto de escribir un relato, un libro o como ustedes quieran llamarlo pero tendrán que ser comprensivos y entender que tienen que darme un tiempo aunque sea unos minutos para que pueda explicarme en condiciones y, eso sí, informando de cada cosa, a su debido tiempo.

No sé, no sé. Empezamos mal aunque si hablara con propiedad, sería mejor decir que mal comienzo el mío... ¡Con lo ilusionada que estoy con “La historia del secuestro de Martina y otras historias”!... En fin, voy a seguir... ¿Qué hablo?... Voy a empezar por el principio y una cosa les digo... A quién le guste, bien pero a quién no pues también.

Lo primero que voy a hacer es presentarme ya que, sin lugar a dudas, soy el personaje más importante de este relato. Y una cosa les digo... ¡Recuerden que son ustedes los que tienen el gusto de conocerme, no yo a ustedes!... Así que dejando las cosas bien claritas desde el principio porque a mí, no me gusta que haya malentendidos, les puedo decir y les digo, con enorme satisfacción, que yo soy Teresa “la teduquesa, duquesa”, una “NBGL”.

¿Cómo?... ¿Qué no saben lo que significa una “NBGL”?... Pues, sólo les puedo decir que, a su debido tiempo, lo sabrán.

Pues bien, una vez dejado claro quién es el personaje más importante de este relato o de este libro o de lo que sea que quieran llamarlo porque a mí, Teresa “la teduquesa, duquesa” me da igual como lo llamen con tal de que lo lean —porque, sin duda alguna, merece la pena— pues les puedo decir que la tal Martina es la compañera inseparable de Micaela, mi hermana pequeña.

Los que no conozcan ni siquiera por el nombre a Martina y aquí, les incluyo a todos ustedes, les digo que pueden darse con un canto en los dientes y empezar a tocar las castañuelas como locos porque eso sí que es una suerte —una auténtica y verdadera suerte— ¡vamos! una SUERTE con letras mayúsculas. Los pobres desgraciados que la conocemos y tenemos la desgracia de tener obligatoriamente que soportar, soportar y soportar su compañía pues mala suerte la nuestra.

Martina es el nombre de una dichosa muñeca de trapo que se ha convertido en el impertinente, incómodo e indeseable sexto miembro de la familia Jufema Sjöberg. ¡Vamos!, un parásito de la familia, un parásito de mi familia.

He de decir que, mientras Micaela pedía a mamá un plátano para Martina, la dichosa muñeca descansaba, despatarrada sobre el brazo izquierdo de su dueña, la bruta de mi hermana... ¡Ay, Martina, Martina! o ¿Será mejor decir ¡Ay, Micaela, Micaela!? No sé. ¡En fin, da igual!

El caso es que la dichosa muñeca de trapo azul tenía una mirada como perdida, una sonrisa tonta, y unos brazos y unas piernas sin fuerzas, caídos de cualquier manera y en cualquier dirección. Parecía que no le importaba en absoluto lo que pasara a su alrededor en el mundo mundial y ya no digo nada en el mundo extra mundial y, además, sin preocuparle, todavía menos, lo que pensara yo de ella que era poco o nada. Es más, creo que diría, sin miedo a equivocarme, que le traía al fresco lo que yo pensara, dijera o creyera de ella... ¡Ay, Martina, Martina!... ¡Ay, Micaela, Micaela!... ¡Pobres de nosotros y, sobre todo, pobre yo!

¡Dichosa Martina!, ¡dichosa Martina de las narices!...

¡Un momento!, ¡un momento!... ¿Pero qué es lo que estoy diciendo?... Pues que voy a decir, tonterías, tonterías y más tonterías. Ni Martina ni Martino ni nada. Demasiado buena estoy siendo.

Con la palabra muñeca, va que arde. Pues eso, dichosa muñeca azul... ¡Dichosa muñeca de trapo azul!

La muñeca de Micaela —la muñeca de mi hermana la pequeña, esa dichosa muñeca de tela de color azul— la tenemos no sólo hasta en la sopa sino hasta en el baño. Bueno, a decir verdad, toda la verdad y nada más que la verdad —palabrita del Niño Jesús— Micaela es la única que la tiene en el baño —sólo me faltaba ir al baño a hacer pis o a hacer caca o a tirar peditos y tener a Martina mirándome—.

Ja, ja, ja... ¡Qué gracia me hacen estas palabras!... Ja, ja, ja... Pis, caca, culo, pedos, peditos... ¡Uf, voy a dejar de decir estas palabras! Lo mejor va a ser que lo deje cuanto antes porque como me oiga mamá, me la cargo pero bien cargada.

Aunque estoy pensando, pensando y pensando ¿Cómo mamá me va a poder oír si lo he pensado y dicho para mis adentros, mis adentros?... Si estas palabras las hubiera dicho por lo bajini, por lo bajini de mis afueras, mis afueras pues entonces sí que tendría un problema y un problema de los gordos porque mamá lo habría oído. ¡Vaya que lo habría oído!... y el total de todo pues tiene el oído muy fino pero que muy fino.

¡Sí!, señoras y señores... ¡Sí!, damas y caballeros... ¡Sí!, niñas y niños... tenemos a la dichosa Martina hasta en la sopa. No exagero —ni una gota de la gota— cuando digo que tengo a Martina hasta en la mismísima sopa. Yo voy a desayunar y Martina está allí y haciendo encima que desayuna. Yo voy al colegio y al colegio, va aunque tengo que decir que no coincidimos en la misma clase porque si no, me da un patatús pero de los gordos. En fin, no voy a seguir porque si lo hiciera, tal vez estaría hablando de este asunto hasta mañana por la mañana y tampoco es cuestión de aburrir al personal con esta petarda.

A decir verdad, toda la verdad y nada más que la verdad —palabrita del Niño Jesús— no sé en qué estará pensando Micaela... ¡Sí hasta habla con la muñeca como si fuera de carne y hueso!... ¡Vamos! como si se tratara de otra niña.

Yo, Teresa “la teduquesa, duquesa” no me quejo por quejar porque no soy una niña quejica pero ustedes estarán conmigo en que es para trastornarse. Mamá me dice que esto es normal, que todas las niñas que juegan con sus muñecas, hablan

con ellas, y que yo, cuando tenía la edad de Micaela, hablaba con mi muñeca —una muñeca que me regaló una amiga de la abuela Micaela— y que también, le daba de comer y cosas así. ¡No sé, no sé pero me parece muy raro! Estoy pensando, pensando y pensando que así será porque lo dice mamá pero el caso es que yo no me acuerdo y como yo no me acuerdo pues no cuenta. Punto pelota.

Si yo, Teresa “la teduquesa, duquesa” soy todo lo sincera que debo ser, tendría que decir punto y mitad de pelota porque de algo sí que me acuerdo. Ahora bien, como esto que estoy recordando está en mis adentros, mis adentros pues tampoco cuentan.

¿Qué quieren saber esos recuerdos?... Pues no sé, no sé. Es que si yo los comparto con todos ustedes, dejan de estar en mis adentros, mis adentros y entonces, ya cuentan... ¿Qué no van a contar nada a nadie?... No sé. Lo tengo que pensar... Tic, tac, tic, tac... ¡Está bien!, ¡está bien! Me fiaré de ustedes porque tampoco es cuestión de ponerse borde en las primeras páginas de este libro, de este relato o cómo ustedes quieran llamarlo. Ahora bien, como me la jueguen, se la cargan pero que muy bien cargada... ¿Entendido?... ¡He dicho!

Me acuerdo que yo —la misma que se viste y se calza sola todos los días salvo cuando está enferma— estaba en casa del abuelo Fernando y de la abuela Micaela, y que alrededor de la mesa de la cocina, estábamos la abuela Micaela, una señora que no recuerdo quién era y yo. A decir verdad, toda la verdad y nada más que la verdad —palabrita del Niño Jesús— no recuerdo el nombre de esa señora pero sí recuerdo que tenía una nariz muy grande, como si fuera un gancho —igualita, igualita que la nariz de un loro—.

También recuerdo que —además de la nariz aunque, tal vez, sería mejor decir narizona— la señora iba muy doblada hacia delante y cuando caminaba, la cara casi, casi rozaba el suelo.

¡Está bien! Soy un poco exagerada... ¡Bueno, no hace falta ponerse así!... ¡Está bien!, ¡está bien! Admito que he sido muy exagerada aunque a decir verdad, toda la verdad y nada más que la verdad —palabrita del Niño Jesús— aquella mujer estaba muy encorvada. Debía ser súper vieja pero de las súper, súper.

¡Un momento!, ¡un momento!... Voy a hacer un pequeño inciso porque lo que les voy a contar es importante, muy importante. Me supongo que todos los aquí presentes se habrán dado cuenta que pienso mucho.

¡Sí!, señoras y señores... ¡Sí!, damas y caballeros... ¡Sí!, niñas y niños... yo, Teresa “la teduquesa, duquesa” pienso mucho pero mucho, mucho y lo que pienso son cosas interesantes a diferencia de Anita, mi mejor amiga, que piensa poco y lo poco que piensa son tonterías porque ocupa su tiempo en otras actividades como las cremas, las lacas de uñas y otros potingues, además de los vestidos y una lista larga de chorradas.

En fin, contado lo que tenía que contar, sigo con lo que estaba y... estoy pensando, pensando y pensando ¿Cómo aquella mujer súper vieja iba a ser amiga de la abuela Micaela? ¡Uf, es muy raro! Por qué ser compañeras del colegio, va a ser que no. Y ¿Estudiando la carrera de Medicina? Pues no digo que las dos no hubieran estudiado la misma carrera pero, desde luego, la abuela Micaela la debió empezar, por lo menos, por lo menos, 50 años después... si no fueron 75.

¡Claro, ya está! Menos mal que soy una niña muy lista. Y, además, soy tan lista, tan lista que me salgo. Sí, me salgo aunque, de momento, no sé a dónde me salgo y no puedo perder tiempo en averiguarlo, pero me salgo de lo lista que soy.

Estoy pensando, pensando y pensando para mis afueras, mis afueras —sobre todo, para que ustedes se puedan enterar— que aquella señora súper vieja no debía ser amiga de la abuela Micaela sino de su madre ¡seguro! una amiga de la bisabuela Teresa, Francisca.

Yo no tuve la suerte de conocer a la bisabuela. Y no la conocí por algo tan simple como que no había nacido cuando se murió. He oído decir que era una belleza de mujer, que parecía una actriz de cine de lo guapísima que era, una señora muy elegante y con mucho estilo, y que le gustaba mucho cocinar, sobre todo, bizcochos, flanes y tartas. Creo que hacía una riquísima tarta de manzana. De hecho, cuando mamá hace tarta de manzana siempre me cuenta y me recuerda que fue la bisabuela Teresa, Francisca la que le enseñó a hacer semejante exquisitez.

He de decir que la tarta de manzana es mi postre preferido...

¿Otra interrupción?... ¡No me lo puedo creer! Es que no me lo puedo creer... ¡Está bien!, ¡está bien!... ¿Qué a ti no te gusta la tarta de manzana?... No, nada de nada... ¿Cómo dices que te llamas?... Todavía, no te lo he dicho... Pues dímelo, ahora... Elisa, me llamo Elisa... Así que te llamas Elisa ¡Vaya, vaya! como Elisa “la precisa” y además, debes tener la misma edad, ¿no?... Sí, soy la misma que viste y calza, y tengo seis años... ¡Ah! seis años. Pues, como yo aunque yo estoy a punto de cumplir los siete años... Mi cumpleaños fue ayer... Pues ¡Felicidades!... Tuve una riquísima tarta de chocolate, mi postre preferido...

¡Qué requeté bien, Elisa “la precisa”! Estoy dando saltos de alegría... Teresa, gracias por alegrarte por mí... ¡Va! una cosita les voy a decir a todos los presentes. Cuándo ustedes escriban un libro o un relato o lo que sea, si es que tienen la capacidad para hacerlo y alguna vez, se deciden a ello, que eso está por ver, pues rellenen las hojas de papel en blanco con sus gustos, sus disgustos, sus hazañas, sus rollos y demás. Como “La historia del secuestro de Martina y otras historias” lo escribo yo y únicamente, yo pues reflejo lo que a mí me da la gana... ¿Está claro?, repito ¿Está claro?... Muy claro... ¡Estupendo! Ante todo, las cosas bien claritas.

Pues, como les estaba diciendo la tarta de manzana es mi postre preferido. Se me llena la boca de agua sólo de pensar en ese hojaldre tostadito, crujiente, con ese sabor tan maravilloso que intento perpetuar en la boca lo más posible, masticando una y otra vez, muy despacio —no quiero que se acabe— hasta que la masa queda reducida a polvo y ya no me queda más remedio que tragarlo. ¡Menudo hojaldre elabora mamá y qué trabajoso!

Estoy pensando, pensando y pensando, y al mismo tiempo, recordando la última vez que mamá hizo una tarta de manzana ¡Me encanta estar en la cocina cuando mamá cocina! y lo que hago es ir detrás de mamá corre que te corre.

Pues bien, la última vez que mamá hizo una tarta de ricas manzanas, no pude ir corre que te corre detrás de ella, ni siquiera a paso ligero porque el día anterior, estrené unos zapatos para ir al colegio y a pesar de ir con medias, me rozaron en la parte de atrás de los talones y me provocaron unas ampollas gigantescas.

No sé si alguno de ustedes se estará preguntando qué es lo que me pasó... ¡Un momento!, ¡un momento!... No hablen todos a la vez porque no les entiendo... Pues, háztelo mirar... ¡Cuidadín!, ¡cuidadín! Yo no tengo ningún problema de entendimiento. Son ustedes, que hablan mal... ¡Va!... ¡Aaahhh! Que les importa un bledo porque no es nada del otro mundo y eso le puede ocurrir a cualquiera... Pues, sí. Tienen toda la razón. Cualquiera puede sufrir en sus carnes y concretamente, en sus pies, los problemas que provocan unas ampollas gigantescas pero como es mi libro pues lo cuento y punto pelota. Y lo dicho... a quién le guste bien y a quién no pues también.

Pues bien, durante el recreo, estuve jugando a saltar a la comba con Anita, mi mejor amiga y Julieta —una buena amiga pero no la mejor que ese puesto, de momento, lo ocupa Anita—. Yo, Teresa “la teduquesa, duquesa” estuve saltando una y otra vez durante mucho tiempo y en lugar de haberme cambiado antes de calzado y usar las zapatillas deportivas... ¿Qué hice?... Pues nada. Seguí con los zapatos nuevos que acababa de estrenar para ir al colegio y —como tengo una piel muy bonita pero muy fina y muy delicada— me provocaron unas ampollas de campeonato. Las dichas ampollas de las narices no sólo me generaron dolor y otras molestias como tener muchos problemas a la hora de calzarme otros zapatos sino que me dificultaron el caminar. Cuando llegué a casa, mamá me curó las ampollas y me tapó la zona con una especie de tiritita muy grande que ahora no recuerdo el nombre.

Después de esta explicación de por qué no entré en la cocina corre que te corre como siempre hago, le pregunté a mamá lo que le pregunto siempre.

—“Mamá... ¿En qué puedo ayudarte?”

—“Teresa, no te preocupes”

—“¿Pero, mamá?”

—“¡Teresa!... Hoy, no estás para ayudarme...”, me dijo mamá en un tono de voz de preocupación al tiempo que fijaba su mirada en mis pies y continuaba “... Hay que ver las ampollas que tienes... ¡Mira cómo caminas si es que a eso, se le puede llamar caminar!”

—“Ya”, contesté recordando que, un rato antes, mamá me había hecho una cura y las ampollas tenían un aspecto que daban miedo. Y además, para caminar pues era un problema porque cualquier calzado aunque fueran unas zapatillas, rozaban en la parte de atrás de los talones, justo dónde las ampollas habían hecho su aparición el día anterior.

Mamá cogió una de las tres banquetas de madera que precisamente ella pintó de color blanco unos meses atrás — normalmente, están colocadas debajo de la barra de madera también de color blanco que está empotrada en la pared, justo frente a la cocina, el lavavajillas y el fregadero— y la llevó hasta la zona con la encimera de granito negro con pintitas blancas, colocándola justo pegada a la puerta de madera también de color blanco del armario que está debajo del fregadero.

—“Ahora, te arrodillas en la banqueta y observas cómo elaboramos la tarta de manzana”, dijo mamá.

—“¡Guay!”

Me subí a la banqueta de madera y me arrodillé para poder observar bien y no perder ripio.

Tengo que contarles a todos ustedes que me gusta mucho observar y puedo decir, sin exagerar una gota de la gota, que observo muy pero que muy requeté bien. Es una gran cualidad mía —¡Ojo!... Con esto, no quiero decir que sea la única, ni mucho menos... ¡faltaría más!—. En este sentido, mamá dice que soy una niña muy observadora, que me doy cuenta hasta del más mínimo detalle de las cosas y la abuela Micaela comenta que somos personas de ciencia. Y, ustedes se preguntarán ¿Cómo son las personas de ciencia? Pues yo les contesto —así como quién no quiere la cosa— científicos, investigadores, observadores, curiosos pero no cotillas. Pues eso, yo, Teresa “la teduquesa, duquesa” soy una niña de ciencia.

En fin, sacando a pasear mi gran cualidad observatoria, me quedé ensimismada en lo que mamá estaba haciendo en aquel momento y era pasar, una y otra vez, una y otra vez, un rodillo grande de madera por una masa que, poco a poco, iba adelgazando.

Y ¿Quieren que les diga una cosa?... ¡Siiiií!... ¡Ahí va!, ¡ahí va! y ¡ahí va!...pero ¿Si todos han dicho que sí?... Pues claro... ¡Uf, esto no lo esperaba yo!... No sé, no sé.... Ya me estoy arrepintiéndome de haber dicho lo que he dicho. Pero ¿En qué estaría pensando yo?... ¿Por qué te arrepientes, Teresa?... Pues porque es un secreto y si los secretos se dicen, dejan de serlo... Teresa no te preocupes. Nosotros te lo guardamos... ¡Vaya lío! Esto me pasa por querer ser simpática con el personal... ¡Que lo diga!, ¡Que lo diga!... ¡Está bien!, ¡está bien! Yo, Teresa “la teduquesa, duquesa” estoy pensando, pensando y pensando que, si están tan interesados en que les cuente mi secreto, esto es una buena señal... ¡Seguro!... Teresa nos está enganchando el libro... ¡Genial! Siguen leyendo porque esto no ha hecho más que empezar.

¡Ahí va mi secreto!... Recuerden que me han dicho que me lo guardan. Nadie de nadie lo sabe... ¡Bueno!... Yo sí que lo sé porque para eso es mi secreto... ¡Está bien!, me dejo de historias... Venga, venga, venga... ¡Ahí voy!... pues que, de tanto observar cómo el rodillo pasaba por aquella masa pegajosa, agarré un mareo de campeonato y sólo veía rodillos, rodillos y más rodillos...

¡Un momento!, ¡un momento!... ¿A qué viene esa pregunta de si un rodillo no me dio en la cabeza?... No tiene gracia, chaval, ni la más mínima gracia... Ja, ja, ja... Y encima riéndote... Pero ¿Quién te crees que eres?... Un ¿Qué?... Yo soy un oyentelector... ¡Ofendes al resto del personal! Tú eres un gracioso que quiere hacerse notar porque, por sí mismo, no vale nada... Bravo, bravo, bravo.... Les agradezco los aplausos... Teresa, le hemos echado de aquí... Pues, por mí ¡Genial!... Continúa con tu historia que tiene muy buena pinta... ¡Gracias! Esto me anima mucho.

¿Por dónde iba?, ¿por dónde iba?... ¡Ah, sí!... que cogí un mareo de campeonato mientras miraba cómo mamá pasaba, una y otra vez, el rodillo de madera por la masa que cada vez, era más fina.

Mamá ni se enteró de mi mareo —¡claro! ya me encargué yo de que no se diera ni cuenta—. Me preguntan ¿Qué es lo que hice?... Como comprenderán, no siempre voy a contar todo porque algo me tengo que guardar para mí sola y ésta va a ser una de las ocasiones en que voy a dar la callada por respuesta.

En fin, mamá seguía a lo suyo y lo suyo era que, cada cierto tiempo, cogía con las manos esa especie de masa pegajosa, no sin cierta dificultad pues estaba pegada a la encimera como si